

en el fondo y desaparece luego. La Reina abre las cartas que el Marques le ha entregado, y parece sorprendida; entre tanto el Marques habla en voz baja y con precipitacion á la Marquesa de Mondéjar. La Reina despues de haber leído las cartas, dirige al Marques una mirada penetrante.) Nada nos habeis dicho de Matilde; tal vez ignora cuánto padece Fernando.

MARQUES. — Nadie ha sondeado aún el corazon de Matilde... Un alma grande sufre en silencio.

REINA. — ¿Por qué mirais en torno vuestro?... ¿qué buscáis?

MARQUES. — Estaba pensando cuán dichoso seria en mi lugar, álguien que no me atrevo á nombraros.

REINA. — ¿Quién tiene la culpa?

MARQUES. — (*Con viveza.*) ¡Cómo!... ¿Puedo interpretar estas palabras conforme á mi deseo?... ¿Seria perdonada su presencia en este instante?

REINA. — (*Sobresaltada.*) ¡En este instante... Marques... en este instante!... ¿Qué quereis decirme?

MARQUES. — Osaria esperar... osaria esperar...

REINA. — (*Con sobresalto creciente.*) Me asustais, Marques... él no intentará...

MARQUES. — Vedle aquí.

ESCENA V.

LA REINA. — CARLOS.

El Marqués de Posa y la Marquesa de Mondéjar se retiran hácia el fondo.

CARLOS. — (*Arrojándose á los piés de la Reina.*) Llegó por fin el instante de que Carlos se atreva á estrechar esta mano querida.

REINA. — ¡Qué paso habeis dado!... ¡Qué temeraria

y culpable sorpresa! Alzad; nos miran; muy cerca de mí se halla mi séquito.

CARLOS. — No me levantaré; quiero permanecer eternamente de hinojos, y por arte de encantamiento echar raíces en esta posicion.

REINA. — ¡Insensato!.. ¡A qué osadía os conduce mi indulgencia!... ¡Cómo... Ignorais que este lenguaje temerario se dirige á una Reina, á una madre; ignorais que yo misma debo decir al Rey...

CARLOS. — ¿Y que yo he de morir? Arrástrenme de aquí para el cadalso. ¡Un momento de dicha en el paraíso no se paga con la vida!

REINA. — ¿Y vuestra Reina?

CARLOS. — (*Se levanta.*) ¡Dios mio!... me retiro... os dejo... debo hacerlo, puesto que lo exigís... ¡Madre mia! ¡madre mia! ¡cómo jugais conmigo! De una seña, de una mirada, de una palabra de vuestros labios depende mi vida ó mi muerte... ¿Qué más puede ocurrir? ¿Qué habrá bajo el sol para sacrificar á vuestro amor, si así lo deseais?

REINA. — ¡Salid!

CARLOS. — ¡Oh, Dios!

REINA. — Es lo único que os pido con llanto en los ojos; salid, antes que mis damas, mis carceleros me sorprendan con vos, y lleven la noticia á oídos del Rey...

CARLOS. — Aguardo mi destino, ya sea la vida, ya la muerte. ¿Pues qué?... ¿Habré concentrado todas mis esperanzas en este único instante para que infundado temor me arrebatase la realizacion de mi intento? No, Reina. Cien vueltas, mil vueltas puede dar el mundo sobre su eje, antes que la suerte me conceda de nuevo este favor.

REINA. — Que por toda la eternidad no debe repetirse... ¡Desdichado! ¿Qué pretendéis de mí?

CARLOS. — ¡Oh, Reina!... Pongo á Dios por testigo

que he luchado, he luchado como ningun otro mortal. Y ¡en vano, Reina!.. cae aniquilada mi heroica fortaleza: sucumbo.

REINA. — Ni una palabra más... en nombre de mi esposo.

CARLOS. — A la faz del mundo me perteneciais; dos grandes reinos me concedian vuestro mano; el cielo y la tierra consentian nuestra union, y Felipe, Felipe os arrebató de mis brazos.

REINA. — Es vuestro padre.

CARLOS. — Es vuestro esposo.

REINA. — Él os concederá por herencia el mayor imperio del mundo.

CARLOS. — Y á vos por madre.

REINA. — ¡Dios mio... delirais!

CARLOS. — ¿Conoce al menos el valor del tesoro que posee?... ¿Posee un corazon capaz de apreciar el vuestro? No quiero lamentarme. No; quiero olvidar la inefable dicha que hubiera gustado con vos, si él al menos es dichoso. Pero no lo es; no lo es. Hé aquí la causa de mi infernal tormento. No lo es, ni lo será jamás... Me han arrebatado mi paraíso para anonadarlo en los brazos de Felipe.

REINA. — ¡Horrible idea!

CARLOS. — ¡Ah! Sé quién ha realizado esta union; sé cómo puede amar Felipe y cómo ha intentado hacerse amar... ¿Qué representais en este reino?... oid... ¿sois regente? No... Si lo fuerais, ¿cómo el Duque podría cometer sus crímenes?... ¿Cómo Flandes pagaría con sangre sus creencias?... ¿Sois la esposa de Felipe? Imposible; no puedo creerlo. La esposa posee el corazon del esposo, y ¿á quién pertenece el suyo? Si en un acceso de fiebre se siente enternecido, ¿acaso no pide perdon de ello á su cetro y á sus canas?

REINA. — ¿Y quién os ha dicho que unida á Felipe, mi suerte sea digna de compasion?

CARLOS. — Mi corazon, que siente enajenado cuánto junto á vos seria digno de envidia.

REINA. — ¡Jóven presuntuoso! Si el mio me dijera lo contrario; si la respetuosa ternura de Felipe, y el mudo lenguaje de su amor, me conmovieran más que la voz temeraria de su orgulloso hijo; si la reflexiva estima de un anciano...

CARLOS. — Esto es otra cosa... En este caso perdonadme. Ignoraba, señora, que amarais al Rey.

REINA. — Honrarle es mi deber y mi satisfaccion.

CARLOS. — Vos no habeis amado nunca.

REINA. — No amo ya...

CARLOS. — Porque así lo ordenan vuestro corazon y vuestro juramento.

REINA. — Dejadme, Príncipe, y no entableis otra vez semejantes conversaciones.

CARLOS. — Porque así lo ordenan vuestro corazon y vuestro juramento.

REINA. — Decid mi deber... ¡Desgraciado! ¿Por qué intentar el triste exámen de una suerte, á la cual ambos debemos resignarnos...

CARLOS. — Ambos debemos... ambos debemos.

REINA. — ¡Cómo!... ¿Qué significa este tono solemne?

CARLOS. — Que Carlos no se resigna á abdicar su voluntad en aras del deber; que Carlos no se resigna á ser el hombre más desgraciado de su reino, cuando bastaria un trastorno en las leyes para que fuera el más feliz.

REINA. — ¿Os habré comprendido?... ¿Esperais todavía? ¿Os atreveis á esperar, cuando todo, todo se ha perdido?

CARLOS. — Nada doy por perdido sino los muertos...

REINA. — Esperais... de mí... de vuestra madre? (*Clava en él la mirada largo rato y con dignidad.*) ¿Y porqué nó? ¡Oh! El Rey nuevamente elegido puede

hacer más todavía; puede destruir con el fuego las disposiciones de su predecesor, y derribar sus retratos; puede... ¿quién se lo impediría?... arrancar al reposo del Escorial el esqueleto del muerto, arrastrarlo á la faz del sol, aventar sus profanadas cenizas, y en fin, para terminar dignamente...

CARLOS.— ¡Por el cielo! no acabeis...

REINA.— Y en fin, casarse con su madre!...

CARLOS.— ¡Hijo maldito! (*Queda un momento inmóvil y en silencio.*) Todo terminó, desde ahora; todo terminó; veo con claridad y evidencia lo que debía ignorar para siempre. Os he perdido, perdido, perdido para siempre. Mi suerte está echada... os he perdido... Esta idea es para mí un infierno... Sois de otro;... aquí está el infierno... ¡Oh desdicha!... ¡no puedo soportarla y mis nervios van á estallar!

REINA.— ¡Oh!... ¡querido Carlos, digno de piedad! ¡siento en mí el dolor inefable que ruge en vuestro pecho! Dolor infinito, como vuestro amor; infinita será también la gloria de vencerlo. Conquistadla, joven héroe. El premio de tan rudo, de tan noble combate, es digno de quien guarda en su ánimo la virtud de tan esclarecidos progenitores. ¡Valor, noble Príncipe! El nieto de Carlos quinto comienza su valerosa lucha, en el punto en que los hijos de los hombres sucumben á la fatiga.

CARLOS.— ¡Es tarde, Dios mio!... es tarde!

REINA.— ¿Tarde para ser hombre?... ¡Oh, Carlos... ¡Cuán grande es nuestra fortaleza, cuando rompe el propio corazón con sus fuerzas! La providencia os colocó muy alto, por encima, Príncipe! de millones de semejantes vuestros, y en su parcialidad por su predilecto, le concedió lo que á otros tomaba, y millones de hombres se preguntan: ¿Merecía acaso éste, ser más que nosotros desde el seno de su madre? ¡Id y justificad esta predilección del cielo, haciéndoos digno

de marchar á la cabeza del mundo; sacrificad lo que nadie sacrificaría.

CARLOS.— ¿Y acaso lo puedo? Para conquistaros, me sentiría con fuerzas de gigante, y me faltan para perderos.

REINA.— Confesad, Carlos, que la arrogancia, la amargura y el orgullo excitan en parte los deseos que con exaltación os impulsan hacia vuestra madre. El amor, este corazón que prodigo me sacrificáis, se deben á los reinos que gobernareis un día. Ved cómo dissipais los bienes confiados á vuestra protección. El amor es vuestro primer deber. Hasta ahora, se extrañó hacia vuestra madre; guíadle de nuevo hacia vuestros futuros reinos, y suceda á los tormentos de la conciencia, el placer de asemejarse á los dioses. Isabel fué vuestro primer amor; sea España el segundo; cedo á esta sagrada afección.

CARLOS.— (*Dominado por su emoción, se arroja á sus pies.*) ¡Cuán grande sois, celeste criatura! ¡Oh! si; quiero hacer cuanto deseais... quiero que sea así... (*Se levanta.*) En manos de Dios todopoderoso... os juro... oh, cielo!... os juro un eterno... no eterno olvidado, pero sí eterno silencio.

REINA.— ¡Cómo podría exigir de Carlos lo que yo misma no podría cumplir!...

MARQUES.— (*Llegando.*) ¡El rey!

REINA.— ¡Dios mio!

MARQUES.— Huid, Príncipe, huid de este sitio.

REINA.— Sus sospechas son terribles, y si os ve...

CARLOS.— Me quedo.

REINA.— ¡Quién será la víctima entonces!

CARLOS.— (*Cogiendo del brazo al Marques.*) Vamos; vamos; ven... (*Se va y vuelve otra vez.*) ¿Qué puedo llevarme conmigo?

REINA.— ¡La amistad de vuestra madre!

CARLOS.— ¡La amistad de mi madre!

REINA. — Y las lágrimas de los Países-Bajos.

(Le entrega algunas cartas. Carlos y el Marques se van. La Reina busca sus damas con ademan inquieto. En el punto en que va á retirarse, sale el Rey.)

ESCENA VI.

EL REY. — LA REINA. — EL DUQUE DE ALBA. — EL CONDE DE LERMA. — DOMINGO. — Damas y Caballeros que se detienen en el fondo.

REY. — (*Mira en torno suyo con sorpresa y guarda silencio breve rato.*) ¿Sola, señora?... ¿Ni una sola dama en vuestra compañía? Me sorprende. ¿Dónde están vuestras damas?

REINA. — ¡Querido esposo!

REY. — ¿Por qué sola? (*A su séquito.*) Han de pagarme cara la negligencia... ¿Quién se hallaba de servicio con la Reina?... ¿Quién debía permanecer hoy á su lado?

REINA. — No os irriteis, señor; soy yo la culpable, pues que por mi orden ha salido de aquí la Princesa de Éboli...

REY. — ¿Por mandato vuestro?

REINA. — Para que llamara la camarera, deseosa como estaba de ver á la Infanta.

REY. — ¿Y por qué se ha alejado al propio tiempo todo vuestro séquito? Lo que me decis disculpa á la primera, ¿pero dónde se hallaba la segunda dama de honor?

MONDÉJAR. — (*Que durante este diálogo ha llegado, y se ha confundido con los demas; se adelanta.*) Señor, soy culpable...

REY. — Diez años os concedo para que lo penseis lejos de Madrid. (*La Marquesa se retira llorando. Silencio general. Todos miran con sorpresa á la Reina.*)



El príncipe Carlos á los piés de la Reina.

REINA. — Marquesa, ¿por quién llorais? (*Al Rey.*) Señor, si he cometido una falta, la corona de este reino, que nunca codicié, debiera preservarme de una afrenta. ¿Existe en este país ley alguna que obligue á comparecer ante la justicia á las hijas de sangre real? ¿Sólo la sujecion guarda á las mujeres en España, y un testigo ocular es mejor salvaguardia que su propia virtud? Ahora escusadme, señor, si no estoy acostumbrada á que se despidan de mí con lágrimas en los ojos, las que con gusto me han servido... Marquesa de Mondéjar (*toma su cinturon y lo entrega á la Marquesa*), habeis disgustado al Rey, pero no á mí; aceptad este presente como recuerdo de mi favor, y desde este momento... abandonad el reino... sólo en España se os dirá culpable; en mi querida Francia todos se complacerán en enjugar tales lágrimas. ¡Oh! sin duda es fuerza recordármela siempre. (*Se apoya en la de Olivares y oculta su rostro.*) En mi querida Francia no pasaba esto.

REY. — (*Algo conmovido.*) ¿Un reproche de mi amor puede afligiros de tal modo? ¿una sola palabra que puso en mis labios la más tierna solicitud! (*Dirigiéndose á los grandes.*) Ved en torno mio á los vasallos de mi trono; decid si nunca se rinden mis ojos al sueño antes de examinar qué ocurre en el corazon de mis pueblos, en las más apartadas regiones. ¿Y habré de cuidar más de mi trono que de la esposa de mi corazon? Mi espada y el Duque de Alba responden de mis pueblos, pero sólo estos ojos me responden del amor de mi esposa.

REINA. — Señor, si os he ofendido!...

REY. — Soy llamado el hombre más rico del orbe cristiano; el sol no se pone en mis dominios. Pero cuanto poseo, otro lo poseyó antes que yo y otros lo poseerán despues; cuanto pertenece al Rey, lo debe á la fortuna, pero Isabel es de Felipe, y por este lado soy mortal.

REINA. — ¿Temeis, señor?...

REY. — No temo todavía mis canas. Si empezara á temer, cesaria de temer. (*Dirigiéndose á los grandes,*) Cuento los grandes de mi reino... falta el primero. ¿Dónde está Carlos, mi hijo? (*Nadie contesta.*) El joven Carlos empieza á causarme alguna inquietud. Desde que llegó de Alcalá, evita mi presencia; su sangre es ardiente; ¿por qué fria su mirada y solemne su aspecto? Fijad en él vuestra atencion; os lo recomiendo.

ALBA. — Cuido de él. Mientras lata mi corazon bajo este peto, Felipe puede dormir tranquilo; del modo que el ángel de Dios á la puerta del Paraíso, vela el Duque de Alba al pié del trono.

LERMA. — No sé si deba contradecir, bien que humildemente, al Rey más cuerdo que ha existido jamas, pero venero demasiado la majestad de mi Rey para juzgar á su hijo con tal prontitud y rigor. Algo temo de la sangre ardiente de Carlos, pero nada de su corazon.

REY. — Conde de Lerma, vuestro lenguaje lisonjea al padre, pero el Duque defiende al Rey. No se hable más de este asunto. (*Dirigiéndose á su séquito.*) Ahora vuelvo apresuradamente á Madrid, donde me llaman mis deberes de soberano. El contagio de la herejía invade mis pueblos y cunde la rebelion en los Países-Bajos; el tiempo apremia. Un castigo ejemplar y terrible debe convertir á los extraviados, y mañana cumpliré el gran juramento que prestaron todos los reyes de la cristiandad. La sangrienta ejecucion será sin ejemplo; convoco solemnemente á presenciaria á toda la corte. (*Se lleva á la Reina. Los demas le siguen.*)

ESCENA VII.

Don CARLOS con algunas cartas en la mano. — El MARQUES DE POSA: entran por el lado opuesto.

CARLOS. — Estoy decidido; sálvese Flandes. Me basta que ella lo quiera.

MARQUES. — No hay instante que perder. Dicen que el Duque de Alba se halla ya en el gabinete, nombrado gobernador.

CARLOS. — Mañana pido una audiencia á mi padre, y solicito para mí este cargo; primera demanda que me atrevo á dirigirle y que no puede rehusar. No se ofrecerá mejor pretexto para alejarme de Madrid, donde siento que me halle mucho tiempo há. Y espero algo más todavía, Rodrigo.... debo confesártelo... tal vez al vernos frente á frente podré congraciarme con él... Quiero ver si le mueve la voz de la naturaleza, que no ha oido todavía en mis lablos.

MARQUES. — Por fin encuentro á mi Carlos, por fin volveis en vos.

ESCENA VIII.

Dichos. — El CONDE DE LERMA.

LERMA. — El Rey sale inmediatamente de Aranjuez. He recibido la orden.

CARLOS. — Bien, Conde; sigo al Rey.

MARQUES. — (*Hace que se separa y con ceremonia.*) ¿V. A. no tiene más que mandarme?

CARLOS. — Nada más, caballero; os deseo feliz llegada á Madrid. Me dareis otro rato más noticias de

Flandes. (*A Lerma que aguarda.*) Os sigo. (*El conde sale.*)

ESCENA IX.

CÁRLOS. — EI MARQUES.

CARLOS. — Te he comprendido y te doy las gracias, pero sólo la presencia de un tercero excusa este respeto. ¿No somos dos hermanos? Deseo que desde ahora cese entre nosotros esta comedia de la jerarquía. Figúrate que nos hemos encontrado en un baile de máscaras, tú disfrazado de esclavo, yo envuelto por capricho en un manto de púrpura. Mientras dura la farsa, respetémosla con cómica gravedad, por no llamar la atención de la aturdida muchedumbre, pero á través de su disfraz, Carlos te hace una seña, le estrechas la mano, y nos comprendemos.

MARQUES. — ¡Sueño fascinador!... ¿No se disipará jamás? ¿Mi Carlos está bastante seguro de sí mismo para arrostrar las seducciones de su ilimitada soberanía? Porque debo recordaros que llegará para vos momento solemne en que esta alma heroica será sometida á duras pruebas!... Muere Felipe, y hereda Carlos el más vasto imperio de la cristiandad, un espacio inmenso le separa de los mortales. Ayer hombre, hoy dios. No tiene ya ninguna flaqueza. Los deberes eternos callan ante él. La humanidad que resuena como una gran palabra en su oído, vendiéndose al ídolo, se arrastra á sus plantas. Se extingue su compasión y se enerva su virtud en brazos de la voluptuosidad. El Perú le envía oro para sus locuras, y la corte pone demonios á su servicio. Duérmese embriagado bajo el cielo que sus esclavos han tendido hábilmente sobre su cabeza, y dura su divinidad lo que su sueño. ¡Ay

del insensato que movido á compasión le despierte!... ¿Qué hará Rodrigo? La amistad es sincera y audaz; la majestad debilitada no soporta su terrible claridad; como no soportareis la arrogancia del ciudadano, tampoco yo el orgullo del Príncipe.



CARLOS. — Tu pintura del monarca es exacta y terrible; sí, ... te creo... pero sólo la voluptuosidad abre la puerta al vicio. Tengo veinte y tres años y soy puro. Cuantos millares de seres han disipado locamente en orgías, la mejor parte de la inteligencia, la fuerza viril, lo he conservado para el futuro soberano, y si las mujeres no pudieron, ¿quién podrá arrojarte de mi corazón?

MARQUES. — ¿Y podría amaros profundamente, Carlos, si debiese temeros?

CARLOS. — Nunca llegará este caso. ¿Tienes necesidad de mí? ¿Sientes alguna pasión de las que mendigan junto al trono? ¿Puede seducirte el oro cuando

eres más rico como vasallo, que no lo seré yo nunca como rey? ¿Codicias honores, si jóven aún te he visto colmado de ellos y los desdeñaste?... ¿Quién de ambos será el acreedor ó el deudor?... Callas; ¿tiemblas ante esta prueba?... ¿Estás seguro de tí mismo?

MARQUES. — Pues bien; cedo; hé aquí mi mano.

CARLOS. — Mia es.

MARQUES. — Para siempre, en el más lato sentido de la palabra.

CARLOS. — ¡Tan fiel y ardiente para el futuro rey, como hoy para el Príncipe!...

MARQUES. — Os lo juro...

CARLOS. — Si la sierpe de la lisonja se enrosca á mi corazon indefenso; si estos ojos olvidan las lágrimas en otro tiempo vertidas; si mi oido se cierra á la queja, intrépido custodio de mi virtud, ¿acudirás á fortalecerme, á recordar á mi génio su nombre venerando?

MARQUES. — Sí.

CARLOS. — Una súplica aún; trátame de *tú*; envidié siempre á tus iguales este privilegio de la confianza, y esta palabra fraternal hechiza mi corazon y mi oido con el dulce sentimiento de la igualdad. Supongo lo que vas á decir; esto para tí es una bagatela, mas para mí, hijo de rey, es mucho. ¿Quieres ser mi hermano?

MARQUES. — Tu hermano.

CARLOS. — Ahora ya no temo nada en Palacio; mi brazo en el tuyo desafío á mi siglo.



ACTO II.

El Palacio Real de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

EL REY FELIPE, sentado en su trono.—EL DUQUE DE ALBA, á alguna distancia del Rey y cubierto.—CARLOS.

CARLOS.

CL Estado es antes que yo. Carlos cede el paso al ministro, que habla en nombre de España... yo soy el hijo de la casa. (*Se retira haciendo una reverencia.*)

REY. — El Duque aguarda, y el Príncipe puede hablar.

CARLOS. — (*Dirigiéndose al Duque.*) Debo, pues, á vuestra magnanimidad el favor de hablar al Rey. Harto sabeis que un hijo puede hallarse en el caso de confiar á su padre algo que un tercero no debe oír, y como no he de quitaros al Rey, sólo pidó que me dejéis con mi padre por este momento.

REY. — El Duque se halla aquí en calidad de amigo mio.

CARLOS. — ¿He merecido, por mi parte, considerarle también como tal?